

CONFERENCIA DEL EXCMO. SR. DR.

D. ANTONIO DOMINGUEZ ORTIZ



Excmas. e ilustrísimas autoridades:

Queridos amigos y colegas:

Señoras y señores:

Temo no saber agradecer en sus debidos términos este singular honor que hoy me otorga la universidad cordobesa confiriéndome el grado de doctor "honoris causa". La concesión del rango universitario a una ciudad de tan viejo y sólido prestigio intelectual ha venido a remediar lo que podríamos calificar de anomalía por no llamarlo injusticia patente; pocas ciudades españolas pueden ostentar en este terreno unos títulos tan antiguos y legítimos como la patria de Séneca y Lucano, de Averroes y Maimónides, de Góngora y Ambrosio de Morales. Yo saludo a esta joven universidad cordobesa, auguro a su departamento de Historia el más brillante futuro y espero del prestigio de su profesorado y del entusiasmo de su alumnado que realicen, o más bien, que completen, la tarea urgente que ya están realizando: estudiar el pasado de Córdoba y preparar la historia de una ciudad que ocupa un lugar tan alto en la historia de España.

Pienso que si esta universidad me concede el título de doctor será por mi dedicación a temas históricos en general y andaluces en particular, y por eso, al elegir un tema para el breve discurso que es de rigor en actos como este, me fijé en una personalidad también cordobesa, una personalidad harta olvidada hoy, no se si con razón o sin ella; desde luego, no comparable con las que antes he citado: la del beato Posadas.

Pero hoy no concebimos la historia como un puñado de gemas brillando sobre un fondo oscuro, y creemos que incluso el estudio de una figura secundaria puede resultar útil para esclarecer el ambiente de una época. Para este estudio, que por su brevedad tiene más bien categoría de simple silueta, me he valido como fuente básica de la *Vida de fray Francisco de Posadas* redactada por fray Pedro de Alcalá. (1) Fray Pedro, dominico como su biografiado, fue su amigo, colaborador e íntimo confidente, circunstancia que dan a su obra un valor singular. La verdad es que el género hagiográfico apenas se ha utilizado entre nosotros como fuente histórica; solamente los historiadores de la alta Edad Media, ante la pobreza de la documentación, se han visto forzados, por decirlo así, a utilizarlo. Reconozco que la mayoría de las obras de esta clase son decepcionantes, monótonas, poco fiables y de muy escaso valor, reduciéndose a ensalzar las virtudes de su héroe y relatar sus estupendos milagros sin el menor sentido crítico; pero hay algunas que, aunque también adolezcan de estos defectos, dejan traslucir muchos elementos de la realidad social que circundaba a su biografiado, y esta que ahora nos ocupa me parece una de ellas, como creo se desprenderá del breve, brevísimo análisis que voy a ofreceros a continuación en versión casi telegráfica, porque otra cosa no sufre la índole del acto que celebramos.

Los padres del beato Posadas fueron Esteban Martín Losada y María Fernández Pardo y Posadas, es decir, que, con nuestro sistema actual, el hijo hubiera debido llamarse Francisco Martín Fernández, pero entonces reinaba una anarquía completa en cuanto al orden de los apellidos, y menos mal si se limitaban a elegir o trastocar el orden de colocación y no los inventaban por motivos de prestigio o de capricho. Eran sus padres de Santa María de Lama de Arcos, feligresía de la provincia de Orense, en la raya de Portugal; ambos hidalgos notorios, de sangre y solar conocido, como se demostró en las pruebas de limpieza de sangre que hizo su hijo, según escribe su biógrafo, el cual agrega que uno de sus tíos maternos fue inquisidor en Galicia.

Destruído el lugar en las guerras que siguieron al levantamiento de Portugal, marcharon a buscar fortuna en Córdoba, donde pusieron una tienda de lienzo y paños. Allí nació Francisco el año 1644 y aprendió primeras letras en una escuela dirigida por Diego de Villalobos. El año del *contagio grande*, que no fue el 48 como escribe el P. Alcalá, sino el 49, le acometió un "parasismo"; de haberlo llevado al hospital lo hubieran enterrado vivo creyéndole muerto, "que así suele suceder en contagios semejantes y especialmente se experimentó en este", según escribe su biógrafo (página 24). No es este el único rasgo epilepto-

de que se vislumbra a través del relato de su vida, pero ni este punto es de mi competencia ni voy a analizar ninguno que no tenga relación con la realidad social cordobesa.

El modesto negocio que fundaron sus padres fracasó, y su pobreza llegó a tal extremo que tuvieron que ganarse la vida vendiendo naranjas y limones en la plaza del Salvador, con lo que dice el P. Alcalá, "se oscureció la claridad y esplendor de su noble sangre", y en adelante fue conocido como "el hijo de la vendedora", pues, para colmo de desgracias, murió el padre y quedó sujeto a un padrastro de recia condición.

Hasta aquí, la historia de esta familia es semejante a la de tantas otras que llegaron del norte en busca de fortuna; la inmigración nórdica es una constante en la historia andaluza hasta que hace muy pocos años se ha invertido la tendencia. Sabemos que el jesuita Alonso de Molina ejercía la caridad con los pobres gallegos y asturianos que se dedicaban a traer leña de la Sierra a Córdoba y caían rendidos con tan duro ejercicio. Otros se abrían paso a fuerza de tenacidad y suerte; la carrera del beato Posadas tiene notable paralelismo con la de su contemporáneo, el padre Pedro de Ulloa, también gallego, dominico y predicador, que tras una vida azarosa acabó afincándose en Sevilla.

El padrastro, que debía ser hombre llano o pechero, pues nada dice de su linaje el autor de la *Vida*, puso al muchacho de aprendiz de cordonero, "oficio, dice, que se ejercía y ejerce en un sitio que llaman *las Casillas*, campo de San Antón, inmediato a la ciudad". La dura suerte del aprendiz se refleja en estas palabras, que también copio a la letra: "Cúpole en suerte un maestro de tan recio natural que parecía más a propósito para cómitre, pues sus defectos no se los corregía con avisos o castigos ligeros, sino a palos; y como el discípulo estaba allí violento y el maestro era tan impaciente, llovían estas tempestades sobre el sacrificado aprendiz".

Cuatro años duró su martirio, hasta que a los 16 de edad, con el apoyo de un fraile de San Pablo, comenzó a estudiar, a fin de prepararse para la vida religiosa, que era su auténtica vocación. La muerte del padrastro eliminó uno de los obstáculos que se le presentaban: pero restaban otros; su madre había llegado a tal pobreza que vendía huevos de puerta en puerta. Cuando Francisco pretendió entrar de novicio en el convento de San Pablo el prior lo rechazó porque la orden dominicana, a más de establecer para los pretendientes la obligación de probar su limpieza de sangre, exigía también la llamada *limpieza de oficios*, o sea, que ni él ni sus padres hubieran ejercido oficios *viles y mecánicos*. En

una reciente obra (2), Juan A. Maravall ha reaccionado contra la pretensión de explicarlo todo por el mito de la limpieza de sangre, pues lo decisivo, según él, dentro de la sociedad estamental española, era la pertenencia a la clase alta, hidalga o no hidalga pero poseedora de bienes, circunstancia que facilitaba en la mayoría de los casos la superación de los obstáculos puestos por los estatutos. El episodio que estamos comentando ilustra hasta que punto la prevención contra el trabajo manual había ganado incluso aquellos cuerpos que, como las órdenes religiosas, parece debieran estar más inmunizados contra tan antievangélicos prejuicios.

Sin embargo, también nos enseña que tal obstáculo no era tan fuerte como el que dimanaba de una ascendencia novocristiana; en efecto, resumiendo lo que en la *Vida* redactada por el P. Alcalá se detalla a lo largo de muchos folios, diremos que por recomendación de la hermana de un religioso, lo admitió, aunque de mala gana y previa información de limpieza de sangre, el superior del convento de Scala Caeli; de allí pasó al convento de Jaen. El prior de San Pablo de Córdoba, convertido en provincial, hubiera querido expulsarlo de la Orden, pero se contentó con prohibir que residiera en Córdoba, por el desdoro que supondría tener un dominico en ciudad donde la humilde condición de su madre era notoria; por eso tuvo que hacer sus estudios en Sanlúcar de Barrameda.

Se ordenó de sacerdote en 1668 y pronto comenzó a adquirir fama de notable predicador. Volvió a Córdoba, pero la comunidad de San Pablo tardó mucho en admitirle a su trato a pesar de su creciente fama. En realidad, la residencia ordinaria del beato fue la hospedería que el convento de Scala Caeli tenía en la ciudad, lo cual le permitió una gran libertad de movimientos. Dió comienzo entonces a una actividad misional y de cura de almas de gran intensidad y que influiría mucho en la fisonomía espiritual de Córdoba. El estado de esta ciudad era muy poco brillante; lo sabemos por otras fuentes y el estudio de las obras del P. Posadas lo confirma. Las diferencias de clase eran en ella muy acusadas; los hidalgos trataban con dureza al pueblo y entretenían su holganza con pendencias y vicios que las autoridades ni podían ni querían remediar; de los corregidores no podía esperarse el remedio, y menos aun del cabildo secular, entregado a la oligarquía nobiliaria; el estado moral del clero no era más brillante, y todo el conjunto quedaba agravado y ennegrecido por la terrible crisis económica. En la *Vida del padre Christoval de Santa Catalina*, escribió Francisco Posadas: "¿Cómo estaban los padres con los hijos? La necesidad los obligaba a que los desconociesen".

Se refiere, evidentemente, a los que exponían a sus hijos recién nacidos por no poderlos mantener, y refiere: "En una casa recibieron a un niño que apenas podía explicar el nombre de su padre, a cuyas puertas llegaba el que lo engendró, con el dolor mitigado con el disimulo, a pedir limosna, contentándose con verle, ya que no podía por la mucha hambre manifestarle. Las madres, ¿como tenían a sus hijas? Hechas estropajos por las calles, durmiendo a montones por las puertas de las casas, poblando los muladares, pisando los campos en busca de las yerbas con que alimentar los estómagos como jumentos A mi llegó en aquellos tiempos una mujer con una hija de pocos años y bastante hermosura y me dijo: Padre, aquí traigo esta hija para empeñarla por doscientos reales. Confieso que no sé como no se me salió el corazón por la boca y se me hicieron mares los ojos Eran tales y tantas las necesidades que no me admiro de que los padres vendieran a los hijos." Por contraste, continúa, "nunca fue tanta la soberbia con que los poderosos dominaban y oprimían al pueblo sin que los enfrenase la justicia".

En el capítulo XXIV encontramos una referencia a prácticas abortivas que resulta de interés para los actuales estudiosos de demografía histórica: un hombre persuadió a su amante a que tomase una bebida con la que malparió presentándole una supuesta carta del beato en la que autorizaba tal procedimiento. No podemos afirmar que tales métodos fueran frecuentes, pero ahí queda esa pista para los investigadores. (3)

Los capítulos 40 y 41 de su biografía se refieren a una materia harto escabrosa y que también ofrece interés a los historiadores. Sabido es que una de las culpas que castigaba la Inquisición era la de los confesores solicitantes, y también es conocido que los reos de tal delito eran tratados con relativa benevolencia; represión privada, confinamiento en algún convento de su Orden, penitencias, suspensión de cargos y prohibición de confesar solían ser las sanciones más corrientes. Con frecuencia los inculcados se defendían alegando que la provocación había partido de la mujer, disculpa que suscita en nosotros bastante escepticismo. Sin embargo, en ocasiones debía responder a la realidad, porque en esos capítulos fray Pedro de Alcalá refiere varios casos en los que la castidad del beato fue sometida a dura prueba por mujeres, ya en el confesionario, ya atrayéndolo a sus casas con pretexto de enfermedad.

Francisco Posadas llegó a convertirse en el hombre más influyente y respetado de la ciudad. El *hijo de la vendedora*, a quien habían rechazado los frailes de San Pablo era a fines del siglo XVII el oráculo al cual todos consultaban, y gracias a ello y a la diligencia de su biógrafo



ha llegado a nosotros, y duerme en las páginas de ese volumen, a disposición de quien quiera tomarse el trabajo de leerlo, una serie variadísima de imágenes y siluetas de la vida cordobesa, lo mismo de la clase más alta que de la más baja, pues a todas alcanzaba su influjo; discordias familiares, matrimonios desiguales, conversiones repentinas que esconden complicados procesos psicológicos. Una de ellas tuvo un origen cómico, aunque al interesado le pareciese trágico; a un hidalgo muy pagado de su alcurnia le comieron los ratones su archivo, y de su pena y desencanto surgió la que llamaron conversión, pero por los síntomas debió ser más bien un caso de locura religiosa.

Los medios de acción del P. Posadas eran muy variados: la predicación, el confesonario, la dirección individual y las misiones multitudinarias; valdría la pena de estudiar con detalle cada una. Como escritor su producción fue corta, aunque no desprovista de interés; dejó una *Vida y virtudes del V.P. Cristóbal de Santa Catalina*; otra de sor Leonor M^a de Cristo. Una colección de sermones titulada *Ladridos evangélicos* y, entre otras menores, una obra relacionada con los brotes iluministas que se registraron en Andalucía a fines del XVII; se titula *Triunfos de la castidad contra Molinos* (Córdoba, 1698) y, en opinión del P. Alvaro Huerga, es "de indiscutible valor". (4)

Lo que, en el conceptuoso lenguaje de la época llamó *ladridos evangélicos* fue el resumen de unos sermones de cuaresma que predicó al cabildo secular de Córdoba y en los que, entre otros vicios, reprendió las injusticias de los ricos y nobles, no sólo en sus actos particulares sino como oligarquía dominante y adueñada del ayuntamiento, aunque, al mantenerse en el terreno de las generalidades, las denuncias perdían mucho de su fuerza. De vez en cuando encuentra el lector algún pasaje más duro y concreto, por ejemplo aquel en que dice: "Una de las llagas que padece esta República es la falta de justicia en pagar los ricos las deudas a los pobres. ¡Que de caudales de pobres tienen consumidos los ricos! ¡Que de viudas, que de pobres, que de trabajadores y criados lloran lo que se les debe porque no se les paga!" O bien estos otros, que se refieren directamente a la mala administración municipal: "Hallará V.S.^a el pan del pósito en esta ciudad consumido, y los propios tan acabados que no tiene con que celebrar la sagrada fiesta del Corpus, pues ha menester pedir prestado a los vecinos Cada uno, señor, ha asido del pan y de los propios de la ciudad y los ha dexado como V.S.^a ve. La cosa es esta. La persona, V.S.^a la inquiera".

"Todos los años vemos cerrados los tratos, parado el comercio, careciendo los moradores de lo que han de menester, porque los minis-

tros por cuya cuenta corre el que se concierten con la alcabala, queriendo alegar méritos para sus pretensiones, aumentan el precio para que suene el aumento en la Hacienda Real”.

“Muchas veces sucede en la ciudad una estorsión harto lastimosa, que es entrarse algunas personas por las casas y tiendas de otras, y valiéndose de la autoridad y poder, pedir las mecadurias o los dineros prestados, y si los niegan o resisten los dueños, sacarlos con ignominia de palabras, en tal manera, que viéndose afligidos con las amarguras del trato les dan lo que piden, quedando expuestos a perder lo prestado”.

La desigualdad de trato que recibían los nobles y los plebeyos aparece una y otra vez en sus palabras; casi parecían vueltos los tiempos del *patrocinium* medieval, pues dice que a los que huían de la justicia les parecía más seguro refugiarse en casa de un noble que en una iglesia. (6) Las mismas causas producen los mismos efectos; al debilitarse la justicia real, los débiles buscaban instintivamente el amparo de los poderosos.

No es fácil saber hasta que punto la predicación del beato pudo, ya que no anular, mitigar aquellas injusticias. En un aspecto concreto si sabemos que sus gestiones tuvieron éxito, quizás porque no rozaba privilegios de poderosos. Posadas, como todos los misioneros populares de su tiempo, creía que la salvación de la sociedad estaba, no en una reforma profunda de sus estructuras, sino en el ejercicio de la caridad y de unas prácticas piadosas más bien superficiales. Su formación monástica no le permitía ver con claridad la frontera entre el ascetismo, laudable, pero no obligatorio, y la alegría vital manifestada en formas que no habían asustado a la Iglesia del Renacimiento ni a la del primer Barroco. La lucha contra el teatro fue uno de estos intentos de convertir a la sociedad civil en un inmenso cenobio, con lo que, a más de privar al pueblo de una recreación honesta, se privó del instrumento de educación y propaganda que es el arte escénico. La batalla de Posadas contra el teatro fue larga y dura, porque la mayoría de los regidores se resistían al cierre; movió todos los resortes hasta conseguir que en 11 de octubre de 1694 el cabildo lo acordase. Todavía hubo algunos regidores que protestaron y elevaron recurso, pero el año siguiente Carlos II confirmó la medida. El teatro quedó cerrado y fue demolido en 1734. No volvió a haber comedias en Córdoba hasta el año 1769, merced a la política protectora de Campomanes.

Muy dentro de esta línea de rigor moral excesivo están también las campañas contra la moda, femenina y masculina, que ya entonces tenía como foco de irradiación a Francia. A pesar del estado de guerra

casi permanente que reinó entre ambas coronas en el reinado de Carlos II los vestidos franceses suscitaron el entusiasmo de las clases altas por su variedad y riqueza, con gran detrimento de la producción nacional, atendida a las ordenanzas gremiales que mataban la iniciativa privada y la inventiva de los artífices. Incluso su elevado precio era un atractivo más para el esnobismo de los poderosos. En vano atacaron esta moda los escritores por razones económicas y los religiosos por motivos morales. La llegada de la nueva dinastía y la entrada de tropas francesas durante la guerra de Sucesión dieron nuevo impulso al afrancesamiento del gusto, y la batalla que Posadas en Córdoba, Belluga en Murcia y otros santos varones libraron en distintos lugares era una batalla perdida. El biógrafo de nuestro héroe viene a confesarlo así, pues refiere que si su predicación no pudo desterrar "las nuevas modas de profanas galas que introdujo el demonio", fueron en Córdoba menos provocativas y escandalosas que en otras partes. Bien es verdad que en esta materia su criterio era tan estrecho que reprendía como pecado que los vestidos fueran tan cortos (palabras textuales) que descubrieran los pies de las damas. (6)

La actividad del beato Francisco Posadas, sostenida por un temperamento ardiente y de una energía nerviosa que rayaba en el desequilibrio, (7) se mantuvo hasta poco antes de morir agotado en 1713, y no se confinó al casco urbano; de sus apostólicas correrías hay también noticias, aunque mucho menos copiosas, en la obra que estamos comentando. En los pequeños pueblos de la Sierra halló personas carentes de instrucción religiosa, mientras en la capital sobaban los clérigos; mal conocido de la Iglesia del Antiguo Régimen, que nunca acertó a remediar. Encontró allí gentes con curiosas supersticiones, como la de que el pan que se ofrendaba en las sepulturas carecía de sustancia porque se la comía el difunto; curioso resabio de antiquísimas creencias, que él combatió con argumentos a nivel de la simplicidad de sus oyentes: "No veis que ese pan se lo comen el cura, el sacristan y sus familias y están gordos?".

De un pueblo de esta provincia, que no se nombra, llegó a verle una mujer que había sido engañada con palabra de casamiento. Se había vestido con ropas de hombre y se había proveído de armas, decidida a encontrarlo y matarlo si no cumplía su palabra. Una bella estampa de nuestro teatro clásico, que no se alimentaba de pura imaginación. El beato la hizo desistir de su empresa y tornó a su pueblo, si no contenta, resignada. Estampas como esta encontramos muchas entre los folios, con frecuencia plúmbeos, de la literatura hagiográfica.

No ha sido mi propósito, al redactar estas cuartillas, estudiar la

figura del beato; es tarea que vale la pena, pero que yo no intento abordar; historiadores tiene Córdoba que podrían hacerlo con mucha mayor competencia. Sin embargo, hay un aspecto al que no puedo dejar de aludir: sus relaciones con los *alumbrados*. En su reciente obra sobre esta secta o grupo, Alvaro Huerga cierra el volumen dedicado a la Alta Andalucía en 1590. (8) Mediante un estudio exhaustivo de la documentación del tribunal de la Inquisición de Córdoba ha analizado con paciencia y minuciosidad de entomólogo los grupitos de alumbrados que surgieron en los reinos de Córdoba y Jaen. Hubo luego una postrera llamada a fines del XVII que, en su versión sevillana, ha atraído el interés de Ignacio Tellechea. (9) Contra este último rebrote escribió Posadas los *Triunfos de la castidad contra Molinos*. Sin embargo, no creo faltar a la reverencia debida a este ilustre cordobés si digo que hay un punto en el que se actividad pastoral coincide con los alumbrados: el estar siempre rodeado de mujeres, muchas de ellas claramente desequilibradas. Las precisiones que sobre este punto da el autor de su *Vida* no dejan lugar a dudas; el relato de los fenómenos de posesión diabólica entre sus devotas, el dominio que el beato ejercía sobre ellas y sobre los espíritus malignos ocupan largas páginas de su obra. Que un varón lleno de ciencia y virtud no sospechara siquiera que aquellos fenómenos pudieran tener una explicación patológica, puramente humana, no puede extrañarnos demasiado si recordamos que vivía en una época en la que todo un rey de las Españas era sometido a exorcismos y en la que toda Europa estaba en plena caza de brujas.

Es partiendo de este fondo como podemos comprender la actividad del cordobés Francisco Posadas, sus logros y sus limitaciones. Si yo acabo de evocar aquí, de una manera tan superficial, su figura, no ha sido sólo para rescatar del semiolvido en que se le tiene un hombre que resume bien una época y un ambiente; el hijo de una vendedora ambulante que renunció dos mitras; el que dijo verdades amargas a la oligarquía que señoreaba Córdoba. No; la tarea de rescatar esta figura en todas sus dimensiones yo la brindo a quienes puedan acometerla con el tiempo y dedicación que exige. Lo único que me he propuesto ha sido demostrar con un ejemplo que la historia social no es sólo labor de archivos; exige el conocimiento de la literatura impresa; de *toda* la literatura impresa, pues hasta en las obras en apariencia más farragosas y más inútiles podemos encontrar datos valiosos. Con ellos no podremos cuantificar, no podremos trazar curvas, pero si hallar sugerencias, imágenes, destellos, que nos sitúen en las dimensiones humanas y los ambientes vitales de épocas pretéritas y completar así la historia cuantitativa, base imprescindible, con otra historia cualitativa que hoy estamos en trance de perder o desdenar.

NOTAS

- (1) *Vida de ... fray Francisco de Posadas, O.P.* (por) fray Pedro de Alcalá. . . . Madrid, 1737, 764 páginas. Esta obra sigue siendo nuestra principal y casi única fuente de información, pues las biografías de Castro y Sopena, publicadas en 1818, con motivo de su beatificación, añaden poco sustancia.
- (2) *Poder, honor y elites en el siglo XVII*, Madrid, 1979, *passim*.
- (3) Otra referencia a una mujer que quería provocar el aborto se halla en el capítulo 45 de la 1ª parte.
- (4) *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, en la voz correspondiente.
Las obras póstumas de P. Posadas se publicaron póstumas en Córdoba, 1736-1739, 5 volúmenes.
- (5) *Ladridos evangélicos de el perro, dados a la nobilísima ciudad de Córdoba en su ilustre Cabildo los jueves de Cuaresma*. Córdoba, 1696. 125 páginas. Los párrafos citados corresponden a las páginas 21, 27, 31, 64 y 95.
- (6) *Vida* capítulo 54 de la 1ª parte.
- (7) Hay menciones frecuentes de fenómenos para o supranormales: levitación, globos o rayos luminosos irradiando de su cabeza, etc.
- (8) *Historia de los alumbrados. II, Los alumbrados de la Alta Andalucía*. Madrid, 1978. El mismo Alvaro Huerga ha escrito en la "Revista Española de Teología" (t. 37, año 1977) un artículo sobre *El antimolinismo del beato Posadas*.
- (9) Estudios dispersos en varias revistas y centrados en el arzobispo de Sevilla Jaime Palafox, un tiempo protector y amigo de Molinos; luego tuvo que cantar la palinodia.